

III CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

No fueron héroes, / pero iluminan...

De ángeles, flúor y Madrid de fondo

2º PREMIO:

Nicolás Grijalba de la Calle
Alumno de Doctorado
Universidad Complutense de Madrid

2 0 0 7

“¿Y por qué no podemos volar?”

Eduardo Haro Ibars

La línea delgada, pero consistente, de amarillo flúor, de amarillo dioxina de pollo, atravesaba todo Madrid: desde la Plaza de España hasta Cibeles, por Gran Vía de forma espectacular, la Castellana, el nuevo norte aún vidrio y cemento, de agitado despiste para los viandantes de Bravo Murillo, y el final, en espiral y esplendor geométrico más allá de Cuatro Caminos. Yo aquel día, de sol radiante, de verano velazqueño y sonrisa de piscina, era el hombre más feliz del mundo; ni las gotas de sudor que caían por mi frente podían borrar la estúpida sonrisa que se descolgaba de mi boca.

Recordé las antiguas crónicas del siglo XIV que hablaban de una ciudad regada por abundantes aguas “que manaban por doquier”, con sus “olivares y cereales, pámpanos, huvas, cermefías, figos, rrosas, açafrañ, cerezas, granadas, manzanas, almen-dras, aceitunas, coles, lechugas, puerros, cogombres, hauas, açanorias, arvejas o otras sorondajas”. Me imaginé el territorio gris y polvo como un gran repollo nacional, revolucionario, con aguadores por vendedores de cupones, esquiladores en imaginadas líneas de metro y leyendas de la mora mitad mujer mitad serpiente, en lugar de tanto escaparate anunciando con frenesí rebajas.

Llegué a mi destino, aquel día precioso, como ya he dicho. Con pájaros en la cabeza, ruisseños y neuronas, todo en uno, y llamé al telefonillo. Serían las tres de la tarde, lo recuerdo porque la tripa no me paraba de gruñir. También porque una señora de aires matones y verborrea acelerada le dijo a su hija: “A quién se le ocurre con esta calorina, a las tres de la tarde, dar un paseo por el Retiro. Es que tienes ideas de bombero, hija; esto hay que dejarlo pa cuándo cae la fresca. A las ocho sí que me daba una vueltecica yo, y hasta me tomaba una horchata o una cola”. La horchata, en remolino valenciano, dio vueltas en mi cabeza, y del telefonillo salió una voz ridícula y metalizada:

-Buenos días...

-Eh... Soy Julio –contesté acercándome más al telefonillo.

-Sí. Entra. –soltó la voz metálica, con cadencia militar.

El edificio se movía entre la oficialidad y el silencio del anonimato. Allí el tiempo estaba detenido en óleo y acuarela, colgado de las paredes y con ausencia de calor. La sala, de techos abovedados, blanca y profunda, albergaba el mismo aire frío que sale de los portales de las casas antiguas. A falta de pocas horas para la inauguración, algunos paneles aún se encontraban desnudos, y sobre la mesa de la entrada descansaba una taladradora muda e inofensiva que en otro tiempo no muy lejano, hablaba su broca, había sido de aires violentos y mirada puntiaguda.

-Hola. Buenos días – la voz de la vigilante me sobresaltó, rompiendo la falsa religiosidad que mi imaginación había simulado.

-Ah, hola. No la había visto.

-Tiene hasta las cinco para ver la exposición, tomar notas y todo eso. Luego tiene que irse que vienen las de la limpieza

para dejarlo todo terminado, que a las siete se inaugura esto – me explicó de forma mecánica y con ligero acento cheli. (Pasó de ser la vigilante a la segurata).

-De acuerdo. ¿Puedo comenzar ya?

Mientras la vigilante encendía todas las luces de la exposición, yo ya sentía ese olor dulzón, como a madera perfumada, a bálsamo de tiempo y pintadas en el aire que desprenden todos los cuadros. Saqué un bloc pequeño y azul del bolsillo derecho de mi pantalón, un bolígrafo de tinta verde del bolsillo de la izquierda, y me adentré en la primera sala. Sabía lo que buscaba, así que pasé de largo los apuntes y guiones, los renglones torcidos y las huellas de las películas del más famoso director español vivo del momento. Ya habría momento de caer en su particular laberinto de pasiones, pequeña babel reciclada del Rastro madrileño -al que también cantara Don Ramón Gómez de la Serna-, y la Factoría de Andy Warhol.

Precisamente, cuando entré en la sala contigua volvió a venirme a la cabeza el maestro del pop-art, con su peluca, su cara calavera con precio de venta y borbollones de coca-cola por sus ojos; nadie como él, quizá Duchamp (pero eran otros tiempos), había entendido lo que iba a venir en el futuro, y cómo el mercado, la imagen y la publicidad, se darían el beso de tornillo más largo y retorcido, en ocasiones repugnante, con el arte; o el hecho artístico, que queda mejor en estos tiempos de eufemismos. Porque Warhol, cuando visitó Madrid en pleno movidón de technicolor y litrona, cayó rendido a los pies de Fabio McNamara, y ahora, en esta sala donde yo me encontraba se exponían algunas de las últimas pinturas de este último: una selección de ídolos e iconos, de constantes místicas y proyecciones fluorescentes, donde el micrófono se mimetiza con el báculo y el incienso con el olor a laca.

Me paré ante su Cristo en la cruz, de influencia velazqueña, de aura verde pistacho, llaga sangrante en el costado y fondo de mil colores, a veces a lunares blancos sobre morado de tragedia y corona de espinas, casi casi, de Swarovski. No es irreverente, es salvador, como el Cristo que pintó Dalí en sintonía con sus roco-coco-bigotes y el espacio cósmico-cúbico de su 'cráneo privilegiado'.

Pero no me detengo más ante la obra de Fabio, la segurata acecha y la veo de lejos sacar un bocadillo de su mochila, envuelto en papel de plata y posiblemente de atún con pimientos –la imaginación ordena-. Salgo de esa sala y me meto en otra, situada a la izquierda: folklóricas de aguamarina, nuevos santos ungidos en la calle Valverde, en la Plaza del 2 de Mayo, en las dunas de los Caños de la Meca, en Rockola o la sala Carolina... Es la sala de Las Costus, diminutivo de costureras; altos, espigados, de destino fatal, bañados por el Mediterráneo, y admiradores a partes iguales de Santa Teresa y un bote de Colón. Ahora lo veo todo en espiral de color, parece mentira que el calor azote ahí fuera, me acercó a una de sus obras: La Piedad. Soy un monaguillo de aplicaciones plásticas y mecanizadas, de flecos de seda rozando el suelo, con mi bloc pequeño en la mano izquierda a modo de misal y mi bolígrafo de tinta verde, en la derecha, como pluma casuística. Pero sigue oliendo a atún con pimientos.

LA PIEDAD

La gola de tul moreno nazareno es punzante, y sale como una rosa de dolor de la garganta de Nuestra Piedad. Virginal señora de cresta ascendente y vía satélite teresiana, mira a un lado, dolorosa pero segura, y descansa sobre sus rodillas el agónico Cristo de marfil. Diría la retratada en alguna ocasión (Alaska), que ella quiso ser una Princesa de Éboli afterpunk, y diría yo, anotándolo en mi bloc azul, que detrás de 'Las Moradas' de Santa Teresa ya se encontraba el paisaje de este cuadro: un violento atardecer, encrespado de rayos y truenos nacidos de la paleta flúor.

Juan Carrero y Enrique Naya, Las Costus, plantearon construir, metafísicamente y sin prejuicios, y desde la maravillosa agoría de su casa de la calle la Palma, un nuevo santoral repleto de tirabuzones de colores, tacones encrespados y batas de cola. No sería, por tanto, la última Piedad que sus pinceles recreasen, pero sí la más punk, la más flúor, la más cercana al universo del cómic y de la ilustración.

No fueron héroes, pero iluminan...

*La posibilidad de alcanzarte y tocarte los labios,
el sabor intenso del cítrico naranja,
la posición del marinero en tierra
de pelo oscura noche, de niebla verde,
impregnando la estancia...*

*La duda metódica del pincel, el óleo restalla,
la moda luego rescata y el destino se burla,
la palma tiritando de frío con luz de farola
y un perro chica, de cósmico rayo,
atravesando Madrid...*

Anoté en el bloc, con una letra irregular y fascinada, tres o cuatro apuntes sobre la técnica, y una palabra que no logro descifrar por lo destartalada que se impresionó en el papel. Pasé por alto las medidas del lienzo y el año de elaboración.

Me vino a la cabeza la imagen del portal de la casa donde crearon su particular universo Las Costus: la Palma número 14. Un edificio noble dentro de su modesta planificación, de balcones poco salientes, con un portal estrecho, en los bajos negocios de ocio y juventud, que parecen unidos por el cuello de una botella y el despiste de unos labios llenos de carmín.

-¿Qué? ¿Se habitúa a los rayitos? –me dijo la segurata, con un café en la mano, y bastante sorna en su tono

-¿Qué rayitos? –le respondí yo ingenuamente, sabiendo que se refería a los colores descolocados de aquellos pintores.

-Bueno, estas mariconadas de modernos... Vistasas son, eso no hay quién lo niegue –añadió, mientras yo demandaba al cielo un bote de pintura azul para echárselo por encima.

-¿Ha comido antes un bocadillo de atún con pimientos? – el giro que le di a la conversación le descolocó algo.

-¿Atún con pimientos? Sí... -estaba sorprendida-. ¿Cómo lo has olido, chaval? ¿Me he manchado de aceite?

-No, no, tranquila. No sé, me dio un palpito. Fue lo primero que pensé, descarté la tortilla de patatas, el jamón ibérico o el queso manchego. Me fui directo al atún con pimientos. Y le puedo añadir, además, que le aguarda un rico plátano, ya muy maduro, en su mochila. ¿No es verdad? Y que mañana la primera visita del día será la de una universidad... ¿Quizá la de una clase de la Universidad Antonio de Nebrija? Y ahora, por favor, contemple conmigo a San Lucas Evangelista.

Silencio. La segurata pasmada. Primera parte.

SAN LUCAS EVANGELISTA

Acrílico / Aglomerado. 120 x 120 Pertenece a la serie de 'El Valle de los Caídos', 1981.

Edvard Munch transfirió al paisaje de 'El Grito' toda la angustia humana: con colores chirriantes, densos como una tarde de calor, del calor más intenso acompañado de letanías curvas, de chicharras alargadas con sombreros de copa, levita y monóculo. Nunca un entorno habló tanto de un personaje, de una burla aquejada de la peor de las visiones, de la calavera visionaria que puso el dedo de un pie en la barca de Caronte.

Luego, en otro tiempo, en otro país, en la calle de La Palma,

donde nos habíamos quedado, forjando ya la leyenda que les precedería, Las Costus se ponen el mundo por montera, por peineta de moño chochoni verde y rosa chicle, y reinterpretan a su manera, a su entender, el Valle de los Caídos. Ellos pasan de la piedra y el cincel, y le dan a la tela y al óleo, convirtiendo a sus amigos, murciélagos escarlatas de la noche madrileña, en los santones, mandamases, dictadores y tiranos de los Otros Tiempos.

Donde había un Caudillo ponen a Casal con modelón, en lugar del león sabio y escriba de San Marcos su perrita Lala, astuta y eterna, de pelaje blanco, la Patria no es bandera ni lucha, ahora será una Piedad dolorosa, madre por tanto, sobre la que descansa el hijo que acaba de morir... Y de ahí San Lucas, el evangelista de la luz, el que ahondó en la infancia de Cristo guiado por el Espíritu Santo. Para estos artistas gaditanos sólo la imagen de Fabio Mcnamara, de la Fanny, era capaz de revelar al mundo el mensaje de aquel Lucas mártir: “para seguir adelante en este mundo hay que estar como los ángeles, constantemente inspirado”. Y así sale este San Lucas en primer plano, con cara de Ave Fannyx, pelo oxigenado y labios subidos de rojo, y de fondo remolinos angustiosos, en espiral, como los que ya te conté de ‘El Grito’, sólo que aquí la angustia se torna mística de guitarra eléctrica y Madrid calle arriba calle abajo, en la Ribera de Curtidores un puesto de bragas a dos pesetas y en la plaza de San Ildefonso un bocadillo de calamares pasados.

La segurata hacía rato que me había dejado de perseguir. Yo ya estaba en otra sala, peor montada, más caótica, y con serrín por el suelo. Escribí en una nueva hoja en blanco, con el boli verde, CASAL. El personal de limpieza ya andaba por la sala. La limpieza y el arte siempre huelen a productos químicos; también las dos disciplinas comparten plumero.

DE TINO CASAL, zas zas frás

La ideología se quedó en casa, demasiada sangre había sido derramada por banderas y gritos décadas antes. La sangre era ahora la de un murciélago escarlata que succiona de aquí y de allí, con dos anillos borrachos de diamantes, dos diademas capaces de sintonizar con el más allá, y un par de zapatos con punta de cocodrilo que chapotean al ritmo de la Odisea del Archiduque Blanco. Y de repente, Casal.

Levantando sus brazos, con un bastón de marfil y cabeza de león, intuyendo que la música cuando más plástica es, más sinestésica, más se saborea en el paladar, por otra parte acostumbrado en esos momentos a los manjares del despropósito y la aceleración. Paco Umbral, en sus crónicas madrileñas del momento, llamó a la Casa de Las Costus “la Casa-Convento de estrellas descarriadas”, porque el misticismo se escapaba por las cerdas de los pinceles hasta conseguir una cosmogonía absoluta, podríamos llamarlo el rito de vivir, y está claro que al principio fue el rito, y como dijo Baudeleaire, maldita flor, “hay que ser poesía hasta en la prosa”.

Así que volvamos a Casal. Su figura grande, compleja y teatral, era el perfecto receptáculo y transmisor de las emociones estéticas que venían de aquí y de allá, de la corrala y de Picadilly Center, de la chupa de cuero con tachuelas a la chaqueta de tweed de Benidorm. Nació el NeoCasal, trasunto del NeoBarroco, y hasta sus vinilos se forraron de portadas donde aún zigzaguean rayos de piel de serpiente, salamandras con topacios por ojos y el tigre bengalí que siempre acecha, al igual que un cierto destino de etiqueta negra y maldito volante.

Hacia 1989, cuando todo era espejismo de lo que fue y el yuppie se subía al árbol, comenzó una etapa prolífica en óleos y aguarrás para Casal. La mayoría de sus obras llevan el título de Sin Título, o sea, buscando la no etiqueta, la imprudencia, la demencia y evitando el qué dirán chismoso para hacerlo único e inimitable. Un 'Sin Título' bello, electrónico, de pelo de fuego con ascuas en los ojos, es el cyborg travestido de 116 x 89 centímetros que pintó junto a Fabio Mcnamara. Un trasunto de torero diamantino, con la rosa casi marchita agarrada entre los dientes, y el destello de la luz providencial saliendo de un antifaz verde. A la izquierda, cortada a sangre, lo que la imaginación parece convertir en un ala de blanco vapor que se une a una especie de calavera, con sus incipientes cuencas avisando de que 'ya está aquí la primavera, y esos pendientes que te pones lucen más que el sol, corazón, de Madrid'. Pero es la pincelada frenética, como la Embrujada de la canción, la que lucha por encontrar su hueco en el lienzo, y Casal remata su particular visión del universo derriñendo por uno de sus pétalos la rosa. "Pasar del frío al calor", diríamos, y a lo mejor este 'Sin Título' no era más que el Ángel Exterminador, guardián del Paraíso, y volvemos de nuevo a las alturas, a los ángeles y a los arcángeles, porque como él dijo "hay que ejercer con la imaginación".

-¿Le queda mucho? Son más de las cinco de la tarde, y esto abre dentro de dos horas –sentenció la segurata siguiendo con la mirada una mosca bien artística y zumbona.

-Me queda lo que me tiene que quedar. Usted siga rememorando su bocadillo, no se corte –sabía que mi respuesta no le iba a agradar especialmente.

-¿Cómo me habla así, espabilao? A ver, aquí se le está hacien-

do un favor, tiene que cumplir lo que yo diga, que soy la que mando aquí, y si no le gusta, puerta. Ya estoy harto de bromistas, de genios, de adivinos y de artistas que se creen algo.

-No se altere. Era broma. No soy ni bromista, ni genio, ni adivino, ni artista. ¿Sabía usted que Britney Spears se ha rapado el pelo?

-Usted sí que me toma el pelo –notaba que le sacaba de sus casillas, pero sí, Britney Spears estaba ahora calva-. Tiene cinco minutos para irse de la exposición.

-Tengo cinco minutos para volverme acrílico y aglomerado, para vengarme de la Mujer Pantera y de Spiderman, para que me acusen de que no digerí bien las vanguardias, para convertirme en el cutre rey de la ciudad y acudir a la Zarzuela en carroza de calabaza y vestido por Antonio Alvarado, de acudir a las fiestas del embajador como Olga Zana, aquella marquesona de poca monta y poco botox que diseñara Carlos Berlanga, de promulgar un edicto que prohibía en esta ciudad que haya más tiendas de ropa que empiezan con Z, de reírme en Cibeles del atardecer y de mearme, como Baroja o Valle o no sé quién, en las paredes del Banco de España. Tengo cinco minutos y voy a llegar tarde – di la media vuelta, pisé más serrín, y salí a la calle.

Esa línea amarillo flúor de la que te hablé me traspasó el corazón. Fue en la Red de San Luis. Las prostitutas llegaron antes que la policía. La prensa informó de extraños sucesos al día siguiente.